

---

# El libro de Aladino

---

Edición de René R. Khawam



La historia puede parecer sobradamente conocida: el hallazgo de una lámpara permite cumplir los deseos de un joven de casarse con una bella princesa. Sin embargo, ya desde el siglo XVIII, y sobre todo en el XX con las versiones Disney, el cuento ha sufrido tal cantidad de manipulaciones y arreglos que se ha desvirtuado por completo su sentido y, lo que es peor, se ha desvanecido su carácter de antecedente del realismo mágico que sin duda tiene.

En su excelente prólogo, Khawam no solo pone los puntos sobre las íes en cuanto a la historia del texto, sino que lleva a cabo una brillantísima interpretación de la importancia que tiene *El libro de Aladino* en la historia de la literatura.

Cuando René R. Khawam publicó la que hoy conocemos como la edición definitiva y canónica de *Las mil y una noches*, algunos lectores se sintieron decepcionados al descubrir que no pertenecían a este libro algunos de los relatos tradicionalmente asociados a él, como, por ejemplo, el de Aladino. Como explica Khawam en la introducción a *El libro de Aladino*, lo que Antoine Galland bautizó como *Historia de Aladino y su lámpara maravillosa* fue incorporado a *Las mil y una noches* muy tardíamente, después de que en mayo de 1709 el ilustre orientalista oyera una versión del relato en boca del narrador sirio Hanna Diap.

Por ello, Khawam decidió que, como hiciera con *Las mil y una noches*, había que remontarse a las fuentes originales, que no podían ser unas ediciones árabes que edulcoraban los relatos, sino solo las diversas copias manuscritas existentes. Esta es, pues, la primera edición completa, sin arbitrarios cortes ni fantasiosos arreglos, de la historia de Aladino, en la que, en palabras del propio Khawam, «más allá del cuento moralizante [...], se perfila una obra de ambición mucho más firme: una suerte de novela de aprendizaje» con la que nace un nuevo tipo de realismo literario.

Pese a su brevedad y a la menor complejidad, *El libro de Aladino* se nos descubre como un libro tan importante o más que *Las mil y una noches*, y su público potencial es el mismo.

RENÉ R. KHAWAM, ED.

# EL LIBRO DE ALADINO

Texto establecido a partir  
de los manuscritos originales

Traducción de Manuel Serrat Crespo

## Introducción

Algunos lectores se extrañaron, y nos hicieron llegar incluso cierta decepción, al no encontrar el famoso texto de *Aladino y la lámpara maravillosa* en nuestra reciente edición íntegra de *Las mil y una noches* (Éditions Phébus, 1986-1987, 4 vols.)<sup>[1]</sup>. Su extrañeza habría cedido por sí misma si hubieran leído atentamente la explicación que damos de esta «laguna» en nuestra Introducción a *Las noches: Aladino* nada tiene que hacer en esa antología, donde solo fue introducido muy tarde y de un modo muy infiel. Por lo que se refiere a su decepción, no habrá durado mucho, puesto que aquí está ya el *Aladino* de sus sueños: publicado ahora por primera vez en su versión completa, sin arbitrarios cortes ni fantásticos arreglos, una versión establecida —insistamos en ello también esta vez—, no a partir de las ediciones árabes, que están a su vez muy edulcoradas, sino a partir de los manuscritos y solo de ellos.

La «Historia de Aladino y la lámpara maravillosa» —adoptando el título de Galland— está ausente en el más antiguo manuscrito de las *Noches* (ms. A, el cual se conserva en la Bibliothèque Nationale de Francia), que el propio Galland hizo traer de Oriente. Puede entonces extrañar ver que el relato figura en la edición que el simpático orientalista hizo de las *Noches* a comienzos del siglo XVIII. De hecho, al parecer Galland solo conoció las aventuras de Aladino a través del relato oral que le hizo en su propia casa, en mayo de 1709, el narrador sirio Hanna Diap, por aquel

entonces de visita en París. Por lo demás, es preciso aguardar al siglo XVIII para ver como el *Relato de Aladino* se introduce en el texto árabe de las *Noches*: así ocurre en los manuscritos C y D de la Bibliothèque Nationale. Todo parece indicar, pues, que estamos ante un añadido, y un añadido tardío. Pero esa intrusión intempestiva acabará imponiéndose, al hilo de las mutilaciones y divagaciones de costumbre, y *Aladino* será a su vez (como el infortunado Simbad) convertido en «noches» por las necesidades de la causa (por nuestra parte hemos decidido organizar el texto en «capítulos», basándonos en la articulación natural del relato).

Era pues importante regresar a la versión más digna de confianza: la de los dos manuscritos existentes, que hemos comparado entre sí detalladamente antes de decidirnos por la mejor lección posible. Dicha lección, y se advierte de entrada, difiere amplísimamente del texto que da Galland en su «traducción», algo que nada tiene de sorprendente si sabemos que la traducción cuestionada no es otra cosa que la adaptación del discurso de un narrador, captado al vuelo... Y, verosímilmente, tributario de los caprichos de la memoria. Dicho esto, la versión Galland, tras casi tres siglos, seduce todavía por su elegancia y su naturalidad, por muy «naturalizada» que sea. Más ajenas y, en definitiva, menos defendibles nos parecen las libertades que se tomó la traducción del doctor Mardrus, a finales del siglo XIX. Está claro aquí que Mardrus (que trabaja, como sabemos, a partir de la muy errónea e infiel edición árabe de Bulaq, de 1835), confiando poco en sus propias fuentes, intenta arreglar las cosas a su modo... Si es necesario corriendo el riesgo de ser más «oriental» que su modelo, lo que le arrastra a muchos efectos discutibles. Y eso nos lleva a plantear la pregunta esperada, la misma que nos venía ya a la pluma con respecto al *Simbad*: ¿se ha leído *Aladino*? La publicación de la presente obra, o eso queremos creer, la responderá suficientemente.

No entremos inútilmente en detalles. Observemos solo que, en su conjunto, la edición árabe de Bulaq —y la edición Mardrus muy a su pesar— permiten que se filtre entre las líneas del discurso un moralismo que no aparece en la lección de los más antiguos manuscritos. El Aladino de los editores de Bulaq (sin duda venerables jeques, que oficiaban, lamentablemente, a la sombra de los puntillosos minarettes de la universidad cairota) es un muchacho extraviado que echa a perder su juventud vagabundeando por las calles en compañía de los peores bribones... y cuya primera falta es desobedecer a su venerable padre. Las aventuras que le caen encima serán presentadas como otros tantos castigos. ¡Ah, si hubiera obedecido...! En resumen, la autoridad de los padres se considera importante, lo cual se demuestra. El texto de los manuscritos, en este punto, es más sencillo, más directo y, en definitiva, más cercano a la vida. Ciertamente, Aladino se porta al principio como un golfo: hace solo lo que quiere y se complace, por muy poco que sea, en la negación de la autoridad. Pero el autor anónimo del texto no lo critica en exceso... Bien hay que vivir la juventud. Para él, es evidente que nos las estamos viendo con un buen muchacho algo descarriado: no con un depravado ni, menos aún, con un vicioso. Eso cambia por completo la óptica del relato e introduce en ella una dimensión de libertad que el islam rigorista de finales del siglo XVIII solo podía intentar reducir.

Por ello, más allá del cuento moralizante, de miras demasiado cortas a nuestro entender, se perfila una obra de ambición mucho más firme: una suerte de «novela de aprendizaje», si se quiere, donde el recurso a la magia no dispensa al héroe de afirmar sus propias cualidades, y con tanto mayor mérito cuanto al comienzo de su vida se ha mostrado abiertamente bribón. «Novela», acabamos de escribir casi sin pensar en ello. Y, precisamente, ¿no es el genio del desconocido autor del texto haber forzado el género inmemorial del cuento, y del cuento «mágico» por añadi-

dura, a aventurarse por nuevos caminos, a correr el riesgo capital de la fidelidad a lo real? Algo que, apresurémonos a decirlo, no nos priva en absoluto de la poesía, cosa que el lector advertirá por sí solo.

Fechar históricamente esta pequeña «revolución» literaria no es en verdad asunto sencillo. El autor se refiere, aquí y allá, a los preceptos de un islam singularmente primitivo (como la prohibición del beneficio pecuniario sobre los metales preciosos: los platos de plata que vende Aladino). Los habitantes del «África interior» (Mauritania y Sudán) son representados por él como impíos entregados aún a las supersticiones de la antigua magia; ahora bien, el islam se extiende entre estas poblaciones a partir del siglo XI. Al mismo tiempo, en China, que es la patria de Aladino, la religión del Profeta brilla sin restricciones en la corte de los reyes. Sabemos que la Edad Media árabe entiende a menudo por «China» esa porción de la Ruta de la Seda que, desde la estepa kirguiza hasta el actual Sinkiang, se abre resueltamente al islam a fines del siglo XI. Los indicios de esta suerte no abundan en el texto. Permiten sin embargo, por su concordancia, situar el *Aladino* en una fecha bastante anterior a la de las *Noches* (que debieron de componerse hacia finales del siglo XIII). Aventuremos la hipótesis de una redacción del texto en la segunda mitad del siglo XI y sin duda no estaremos muy lejos de la verdad.

Hablando con claridad, nos encontramos aquí, aproximadamente, a mitad de camino de esos dos polos extremos del cuento árabe clásico que encarnan, con medio milenio de separación, las emblemáticas figuras de Simbad (finales del siglo VIII) y de Sherezade, la «Tejedora de las *Noches*». Y, de hecho, entre el relato lineal del célebre Marino y el arte laberíntico de la hermosa narradora, *Aladino* representa un punto de equilibrio bastante raro: donde la panoplia mágica tradicional solo se utiliza, diríase, con una suerte de reticencia...

«Recuerda, lector, qué hombre hemos conocido, y en qué miserable estado; considera luego, ahora, la floreciente situación de nuestro héroe». Así se expresa, poco más o menos, en cierto momento de su relato, nuestro enigmático autor, un astuto espíritu sin duda y versado en retórica, que quiere cuidar sus efectos y poner de relieve una inaudita metamorfosis. Pero una metamorfosis que nunca sabremos a qué atribuir: en nuestro ritual narrativo, nosotros, los occidentales, tenderíamos a imputarlo al determinismo de los hechos, a algún encadenamiento psicológico, por muy improbable que fuese, pero el elegido no sería lo que es si estuviera sometido a la ley común. Así pues, es aquello en lo que se ha convertido, de una vez y definitivamente.

Sin embargo, al decirlo, el narrador juega hábilmente en otro tablero: si objetáis, parece avisarnos, lo maravilloso del asunto, y no queréis seguirme porque eso solo existe en los cuentos donde os la quieren dar con queso, os responderé entonces, hombres de poca fe, que la Providencia no tiene por qué desvelarnos las vueltas y revueltas que dan sus designios, nos basta con observar lo que construye. Sí, pero ¿y los demás, los que están convencidos de antemano de que la tesis queda clara y la Gloria de Aquel que está lleno de Habilidad y Eficacia puede muy bien prescindir de esta pobre demostración de Su Grandeza? Pues bien, es conveniente responder a éstos que no han visto aún lo más hermoso. El relato se reaviva a cada instante y, de igual modo que otros relatos son de viaje por el vasto mundo, éste es un itinerario donde se alternan subidas y bajadas al albur de un destino que unas veces nos reserva algo bueno y otras algo malo.

En el fondo, encontramos el realismo absoluto, dicho sea sin paradoja. Pues ¿cuál es ese sorprendente estatuto de lo maravilloso que, utilizado a diestro y siniestro, hubiera podido conferir a cualquiera la omnipotencia? Pues bien, basta con frotar el engarce de un anillo, o el pico de una lámpara, y las riquezas del mundo están a tus pies, abolidas

las distancias, colmada la separación de los niveles sociales, que te convierten en humilde súbdito ante un sultán. Pero, todos los lectores estarán de acuerdo, el héroe usa solo con parsimonia esas armas mágicas, y solo en los momentos críticos. Ved cómo economiza los víveres que le son generosamente entregados, tan generosamente que podría hacer que se aprovecharan de ellos todos los compañeros de barrio, pobres como él, y toda China por lo demás. Pero a nuestro héroe no le preocupa: ¿Dónde estaría la aventura si todo se le ofreciera según su deseo? De eso depende su cualificación, un poco como en la canción de gesta, donde las pruebas y solo las pruebas cuentan, de modo que la bravura debe forzosamente encontrar sus límites. Aquí la especie del apremio es idéntica: es necesario que las magníficas fuentes que contenían el alimento sean objeto de una transacción, que esos platos de plata se vendan en el mercado a una cotización del metal adecuada (de paso se suelta un sopapo al mercader judío, pues se aprovecha del ingenuo) cuando puede tenerlos a manos llenas...

Realismo, sí, pero el del oyente. Debemos pensar en esos mercaderes que escuchan boquiabiertos esa circulación de los bienes contando mentalmente el legítimo beneficio que de ellos puede obtener un experto. Ahí empieza y termina la identificación, esa especie de ética capaz de borrar lo arbitrario; en suma, lo que nuestros economistas de hoy denominarían un «estudio de mercado». Esa intrusión del realismo en lo fantástico no procede tanto de la voluntad del mismo narrador cuanto de la representación que el narrador se hace de su público. Explotado sin gracia y sistemáticamente, el recurso a lo maravilloso no hubiera tenido, sin duda, el encanto que ofrece, precisamente, un incierto y mesurado abandono a los encantos. Los especialistas en teología dirán sin duda lo que estaba permitido en este recurso y qué límites de buena ley podía tolerar un islam que se infringe. Pero el lector ordinario sabe que la imaginación detesta meter ambos pies en el mismo zapato y que el to-

do-magia como único resorte —un poco como la energía rechaza hoy el todo-petróleo— es un riesgo que no puede correr ninguna palabra digna de fe.

Así pues, Dios tiene algo que decir. A la madre no le gustan los *djinns*, y convocarlos para que se cumplan nuestros pobres deseos humanos es transgredir la ley. Se cubre ella el rostro, dejando que su hijo se las arregle con el pecado. Pero, mirándolo bien, ¿quién ha perturbado el orden del mundo? El hechicero. Por muy seguro que estuviese de no poder disfrutar solo los goces de la fortuna, no supo pactar con ese espíritu de medida, practicó el *hybris*, ese defecto mortal para los griegos y, tal vez, para toda la cuenca mediterránea. La habilidad de Aladino consistirá, con la ingenuidad que le caracteriza, a él, a ese pobre de espíritu congénito, en responder, pues habrá sido agredido una vez por todas. Solo podrá vendar esa irreparable herida en la cima de la gloria, habiéndose tomado la revancha del simple. Haber sido ayudado por los instrumentos de lo maravilloso ni siquiera le ha dispensado, lo advertimos en el rincón de un párrafo, de convertirse en un caballero consumado. Ved qué límites se impone la Lámpara, ¿habría ayudado hasta el fin a un patán?

En resumen, no es una maravilla que la lámpara haga maravillas. En este cuento maravilloso hay moraleja, como en una fábula. Un hombre ha merecido su destino: sus propias aventuras lo convierten en un iniciado. Y esa iniciación nos colma, pues resulta que el beneficiario de tantos dones supo utilizar del mejor modo lo que le había sido ofrecido.

Lo que supone decir que, en el momento en que esta pequeña obra maestra fue redactada, la literatura de ficción está a punto de descubrir lo siguiente: que el arte de la composición consiste, precisamente, en componer con los extremos... o, si se prefiere, añadir un poco de agua al puro vino de nuestros sueños, no para hacerlo mejor sino, sencillamente, consumible. *Aladino*, girando su llave mági-

ca, acaba de abrir de par en par la puerta de las ambigüedades.

René R. Khawam  
Suresnes, 4 de septiembre de 1987

## Capítulo I

### Un tío inesperado

Érase una vez, en una de las numerosas ciudades de China, un hombre, sastre de profesión y que vivía en una gran pobreza. Le había nacido un hijo a quien había puesto por nombre Aladino. Ahora bien, ese hijo, desde su más tierna edad había mostrado un carácter muy recalcitrante: no tardó así en verle merodeando por las calles. Tenía diez años cuando a su padre se le metió en la cabeza hacerle aprender un oficio, pero nuestro pobre sastre carecía tanto de recursos que, para él, no se trataba de asumir más gastos poniendo a su hijo como aprendiz o, peor aún, aguardar a que hiciera estudios y acabar viendo cómo se convertía, aunque muchos años más tarde, en maestro-artesano. La solución era tenerlo a su lado, en la tienda, e intentar convertirle en un sastre como él. Pero eso suponía no contar con la indocilidad de un joven acostumbrado a la calle, que por toda disciplina solo conocía la libertad de jugar fuera con sus compañeros. Resultó pues imposible tenerlo encerrado aunque solo fuera un día en el taller paterno. Apenas el sastre había vuelto la espalda, si tenía que ausentarse para hacer algún encargo o visitar a algún cliente, el bribón de su hijo ponía pies en polvorosa e iba a reunirse con sus congéneres para pasear en su compañía por los parques de la ciudad. Así vivía, sin prestar la menor atención a lo que

sus padres le ordenaban. ¿Cómo ejercer asiduamente, en estas condiciones, un trabajo cualquiera?

El padre no podía más: su hijo le causaba demasiadas pesadumbres con sus rebeliones cotidianas. Fatigado, cayó enfermo y, luego, desapareció dejando a Aladino en su triste situación, mientras la madre, viéndose viuda y con un chiquillo callejero a su cargo, con un inútil por todo sostén familiar, solo pudo vender la tienda, con lo poco que contenía, para comenzar a hilar algodón y vivir de su trabajo: al menos, aunque tuviera que soportar sus penas, el vagabundo de su hijo tendría algo que comer.

Él, por su lado, se sintió librado de una vez por todas de los cotidianos reproches que su padre le dirigía: así podría entregarse más fácilmente a sus queridos paseos, sin tener que escuchar ya «no hagas eso, no hagas aquello». Y esta vida duró para él hasta los quince años de edad.

Pero he aquí que, un buen día, el grupito que formaba jugando en las calles del barrio con sus compañeros de ordinario, tan tunos como él, atrajo precisamente la atención de un viandante que se detuvo y contempló largo rato la escena, luego acabó concentrando su atención en Aladino examinando sus rasgos: visiblemente era el único que le interesaba. El hombre era, en realidad, un extranjero, un viajero procedente de lo más profundo de los parajes del Poniente<sup>[2]</sup>. Se trataba de un mago, como dijo un reputado historiador, que lo consideraba capaz de ordenar a una montaña que fuera a colocarse cabeza abajo sobre otra. Mirando simplemente a la gente, podía saber lo que les aguardaba, tan experto era en signos inscritos sobre el rostro.

Tras haber contemplado bien a Aladino, el hombre se dijo:

—Éste es, en efecto, el joven que busco, para encontrarlo abandoné mi país y he recorrido el vasto mundo.

Primero tomó aparte a uno de los niños, que arrancó del grupo para interrogarlo sobre Aladino, preguntándole

de quién era hijo y obteniendo así todas las informaciones que necesitaba; tras ello, se dirigió hacia Aladino y lo abordó en estos términos:

—¿No eres tú el hijo de Fulano, sastre de profesión?

—En efecto —respondió Aladino—, pero hace ya algún tiempo que murió mi padre.

Al oír estas palabras, el hombre del Poniente, el mago, se lanzó sobre el niño, lo tomó llorando en sus brazos mientras le daba numerosos besos. Sus mejillas chorreaban lágrimas, lo que no dejó de sumir a Aladino en la estupefacción y le hizo formular esta pregunta:

—¿Cuántos gemidos! ¿De qué conocías tú a mi padre?

El otro, con la voz quebrada por la emoción, le respondió tristemente:

—¿Cómo puedes hacerme semejante pregunta, oh, hijo mío? ¿No acabas de comunicarme la muerte de tu padre, es decir de mi hermano? ¡Eso es! Tu padre no era sino mi hermano... Y yo que, regresando al país tras años pasados fuera, me alegraba de poder ver a mi hermano, el hombre que, solo con el encanto de su presencia, iba a consolarme de todo lo que he padecido, resulta que me comunicas su muerte... No, no, la voz de la sangre no había mentido: estaba en efecto ante mi sobrino. Sí, te había reconocido entre todos los niños que forman ese grupo y, sin embargo, cuando me marché a ese viaje, mi hermano, tu padre, ni siquiera se había casado aún. Ahora he perdido el consuelo que de él podía llegarme, debo renunciar a esa inmensa alegría que me preparaba a sentir viéndolo, a ese hermano cuyo rostro, tras el exilio, esperaba contemplar antes de morir. Pero no: la separación ha engendrado mi desgracia; ¿acaso no me ha privado de él? ¿Cómo evitar lo que se produce cuando nuestra voluntad no es su causa? Ninguna industria está en nuestras manos cuando Dios el Altísimo permite que algo suceda.

Prosiguió, arrastrando tras él a Aladino: